

EL GENUINO PATRIOTISMO

Miguel Alonso Baquer

General de brigada DEM, secretario permanente del IEEE.

El patriotismo es una forma, entre otras, de solidaridad entre los hombres. La fraternidad, la amistad, el compañerismo, la camaradería, el honor y la filantropía son también formas de solidaridad, así como todos y cada uno de los nuevos nacionalismos. Añadir ahora la solidaridad de los soldados sería claramente una redundancia, si bien nada carente de expresividad en la dirección del sentimiento patriótico. Porque lo propio del genuino patriota, sea o no soldado, es abrazarse voluntariamente con otros, semejantes a él mismo, con la pretensión de constituir un todo sólido, resistente, y a ser posible, indestructible, frente a las asechanzas de un presunto enemigo que quizás se presente armado.

Todas las formas de solidaridad pueden y deben ayudarse mutuamente, aunque podría vivirse cada una de ellas exagerando su natural tendencia hacia la exclusividad. Y es aquí donde la virtud del genuino patriotismo destaca su esencia conciliadora, al definirse mejor por la voluntad de convivencia armónica que por la inclinación hacia el conflicto de vecindad. Un pueblo de patriotas desea que los demás pueblos también aspiren a vivir su peculiar patriotismo y se congratula con el hecho de la presencia en su seno de las virtudes de la fraternidad, la amistad, el compañerismo, la camaradería y la filantropía, si bien cada una de ellas dentro de ciertos límites.

Los dos extremos, —la renuncia del autista a cualquier forma de solidaridad o la aceptación sin límites de todas las ofertas de integración en nuevas comunidades del cosmopolita—, tienen como consecuencia el desarraigo social. Cada una de las formas de solidaridad resulta efectiva sólo cuando reconoce sus límites. Y entre todas, el patriotismo, —un sentimiento que podemos encontrar en todos los tiempos y en todas las latitudes más allá de la modernidad— destaca por la precisión con la que estos límites quedan establecidos. El repliegue aldeano hacia el localismo supondría una quiebra del sentimiento patriótico, al igual que el avance sin frenos hacia lo que se ha dado en llamar la «aldea global», cuya esencial motivación fuera el descrédito de las comunidades básicas de convivencia reafirmadas por la Historia.

El patriotismo, como las restantes virtudes aristotélicas del justo medio, convive sin estridencias con las demás formas de solidaridad sin poner otra «condición que la condena de las exclusiones que se hagan a favor de la fraternidad, la amistad, el compañerismo, la camaradería o el filantropismo vividos en solitario». El sentimiento patriótico no convierte sus límites naturales en fronteras artificiales más que en circunstancias adversas. El patriota distingue lo propio de lo extraño y propicia la convivencia en paz por razones de vecindad tanto más sinceras cuanto mayor sea la proximidad geohistórica entre las partes. Los que en términos deportivos llamamos eternos rivales no son más que muestras de una deformación.

La rivalidad deportiva no puede ser eterna, porque se refiere a una actividad en la que nada *definitivamente profundo* ha sido puesto en juego.

El ideal patriótico se funda en la voluntariedad fácil de un abrazo con una historia y con un destino, con una carne y con una tierra. Estas cuatro expresiones están en la letra que para el himno de un Colegio Preparatorio Militar escribió allá por 1948 el padre José María de Llanos S.J. entonces su capellán y asesor religioso.

«En mi vieja centuria, me abracé con España con su historia y destino, con su carne y su tierra».

Le cito por su evidente rigor poético. El abrazo patriótico no se hace sólo con la historia ni sólo con el destino, sólo con los hombres ni sólo con el territorio. Se cruzan en él una demanda de continuidad generacional en el tiempo con otra de síntesis entre la vida y el espacio. Cada patriota, en una grave crisis sociopolítica, dice como Cánovas del Castillo en 1875, que «vamos a continuar la historia de España» o pronuncia este grito solidario y patético «esta tierra es nuestra». El adversario del patriotismo no es el extranjero en cuanto tal sino, por una parte, el desertor que abandona el proyecto sugestivo de vida en común, al que se refirió Ortega y Gasset y por otra, el invasor. Al patriotismo pertenece la necesidad histórica de una reafirmación, que Renan describió como un plebiscito permanente y que sería mejor contemplar como un incesante «Sí, quiero», a la solidaridad ya fundada.

La clave de lo patriótico está en la analogía entre la deuda contraída por el hijo hacia sus padres y la deuda de todos y cada uno de los miembros de la comunidad social respecto al modo de ser de la estructura vital que les da cobijo. La expresión grecorromana que utilizó Agustín de Hipona, «piedad para con la patria» sintetiza el alcance de la analogía. El modo de obrar del patriota es la piedad, todo lo laica que cada uno quiera pero, en definitiva, una piedad o sentimiento de deuda, de débito, de deber, de sacrificio potencialmente claro. Es la disponibilidad para un esfuerzo que podría llegar, —si preciso fuera— a la entrega de la propia vida, tal como se concreta en la fórmula del juramento ante la bandera de España. Mi sentimiento patriótico no se pregunta por lo que va a hacer la patria conmigo sino por lo que yo voy a hacer por ella. Fue lo que recordó a su pueblo el presidente norteamericano Kennedy en la toma de posesión de sus responsabilidades históricas.

Nada ganamos con identificar en demasía a la figura del patriota genuino con los arquetipos del hermano, del amigo, del íntimo confidente, del compañero, del camarada o del ciudadano del mundo. En el patriotismo lo genérico vence a lo específico. La solidaridad del patriota vincula memoria y esperanza, tradición y cambio, naturaleza e historia. Cuando exclama «madre patria» reúne, sin plena conciencia de lo contradictorio de la fórmula, dos principios, uno femenino y otro masculino, de diversa procedencia a los que obliga a ser fecundos. La «madre patria» debe generar seres nuevos, nuevas generaciones de hombres libres, cuyos proyectos se anuden en la fidelidad a los orígenes.

La búsqueda fecunda de nuevas integraciones pertenece a la esencia del genuino patriotismo. La destrucción de aquellos a quienes se debería invitar a participar sería el mayor de los posibles errores en la historia de un movimiento patriótico. El auténtico sentimiento patriótico fomenta tanto cambios de actitud como acuerdos con la situación verdaderamente dada. Aunque lo patriótico nada tiene de coyuntural, cada una de las patrias atraviesa coyunturas. En sí mismo el patriotismo es mejor una *habitud* (un hábito), que una vir-

tud, o una actitud (una acción). Es el hábito de obrar siempre con significados análogos. Requiere habilidades históricas. La habilidad del patriota se expresa en un adecuado ajuste a lo real. El patriota se repite a sí mismo: «Aquí y ahora, ¿de qué se trata?» con inusitada frecuencia. Y sus respuestas oscilan entre la actitud abierta al cambio de sentido integrador, como ocurrió a finales del siglo XV en los reinos ayuntados por Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, y la actitud cerrada de sentido resistente, como sobrevino para España en las jornadas de la invasión napoleónica de comienzos del XIX.

Ser patriota es tanto mantenerse abrazados para hacer algo juntos, —tal fue el mensaje de Ortega, que negaba el derecho al simple estar juntos— como lo es defenderse para seguir existiendo, —éste era el dramático mensaje, que en la misma coyuntura lanzó Ramiro de Maeztu. Pero lo importante es percibir en lo patriótico una vocación integradora de pueblos afines, como muy bien saben los europeístas cuando de verdad se proponen fundamentar sobre roca la construcción de Europa. La xenofobia es la primera de las negaciones de lo patriótico en cuanto tal.

La fraternidad y la amistad

El patriotismo no es una fraternidad ampliada, —ni mucho menos una comunidad racial o étnica. La solidaridad patriótica es la suma de muchas y renovadas voluntariedades. Los patriotas nada tienen en común con los hermanos, siameses de nacimiento, del más cerrado nacionalismo. Son seres que se abrazan, porque así lo quieren y así lo siguen queriendo. Aunque todas las patrias tienen padres fundadores, lo que importa tener se llama hijos. Ningún patriotismo acierta al inscribirse intencionalmente en las esferas claustrales y excluyentes de la familiaridad.

El patriota cuida de la vida familiar, pero no se entiende a sí mismo por el culto a la fraternidad, ni fomenta la proliferación de falsas fraternidades. Mira con buenos ojos la activa participación en común de los parientes para el logro de una existencia feliz, pero lo suyo es ofrecerles a sus miembros tareas nuevas más allá de lo fraterno. Las fraternidades, llevadas desde la esfera familiar a la esfera de la vida religiosa, producen órdenes, congregaciones, institutos, etc... pero llevadas hacia la esfera de lo político, engendran sectas. Antigüamente produjeron ese inmenso fenómeno llamado feudalismo tan poco propicio al hecho de que todos los miembros de la comunidad feudal vivieran por igual sus deberes patrióticos.

La esencia del genuino patriotismo reclama libertad e igualdad. El más duro ataque contra el sentimiento patriótico en los tiempos modernos nos vino a los europeos de la ideología del XIX que afirmaba que los obreros no tenían patria. El éxito social en el XX de esta doctrina hundió sus raíces en la pretendida abolición del feudalismo y de sus residuos. Y se explicaba, sociológicamente, por la coexistencia de los grupos revolucionarios con círculos de iniciados, casi secretos, que solían juramentarse para disociar a sus miembros de la piedad para su propia patria en aras de una filantropía cosmopolita.

La esencia comunera y liberal de lo patriótico debe impregnar a todos por igual, al margen de las responsabilidades de gobierno que cada uno deba a sumir. Lo suyo es tener para sí y para el entorno internacional voluntad de duración y permanencia. La esfera de lo polí-

tico, —equidistante del localismo feudal y de la indefinición cosmopolita— se orienta en el genuino patriotismo hacia el arte de hacer posible lo justo para el mayor número. El patriotismo es algo harto diferente a una ampliación difusa de la amistad. Quien sabe rodearse de buenos amigos puede ser un buen patriota. El patriota, en la estela de su búsqueda de nuevas solidaridades, tiene grandes posibilidades de hacerse con buenos amigos, al hilo de su implicación en los valores de la patria. Pero amistad y patriotismo son dos nociones diferentes. La amistad se instala en la antesala de la intimidad y de la confidencia. Pretende, con toda lógica, formas de comunicación donde sea fácil el mutuo perfeccionamiento, el mutuo bien de los amigos. No quiere hacer crecer en extensión su propio círculo sino en intensidad. Se trata de ser amigo verdadero de los verdaderos amigos, no amigo de todo el mundo.

La amistad es incompatible, ante todo, con las relaciones de servidumbre. La abolición concreta de una servidumbre culmina cuando un señor de ayer llama, hoy, al siervo amigo. También es incompatible de hecho con el hábito de las discrepancias, de las rivalidades, de las adversidades, de las contradicciones y, sobre todo, de las hostilidades. Lo adjunto naturalmente a la amistad podría ser la simpatía. Ninguna amistad proviene del incidental encuentro con un desconocido necesitado al que en el Evangelio se denomina prójimo. Viene de la elección voluntaria de la compañía de alguien en quien depositar intimidades y confidencias. La simpatía es, pues, el sentimiento primario que hace posible entre otras, esta forma de sociabilidad, mejor que de solidaridad, que es la amistad.

La esencia del patriotismo no pasa por la existencia de una corriente espontánea de simpatía, ni se construye sobre los pilares de la compasión por los sufrimientos de los otros, como la filantropía o el altruismo. El genuino patriotismo inunda de buena voluntad el ámbito extenso de una estructura históricamente dada y lo hace al margen de las simpatías personales y de las conmiseraciones particulares. No tiene sentido para el patriota la denominación de quienes le caen bien o mal o, de quienes demandan su misericordia. Cerca de lo patriótico anida el deber de actuar considerando más imperiosos los derechos de los demás que el derecho propio a seguir existiendo en paz y en armonía. De aquí que el compañerismo y la camaradería estén más cerca del sentimiento patriótico que la amistad y la fraternidad, aunque tampoco se confundan con él.

El compañerismo y la camaradería

Hay dos tipos de solidaridad, la solidaridad para la acción coordinada y la solidaridad de los sentimientos compartidos. En el patriotismo se reúnen ambas. El compañero desprende de la solidaridad de los sentimientos una solidaridad para la acción. El camarada hace lo contrario, —deduce de la solidaridad para la acción unos sentimientos solidarios. Desde la hora del idealismo alemán subrayamos y distinguimos el sano compañerismo de la escueta camaradería, precisamente porque en nuestros días echamos de menos en el ámbito de lo íntimo o privado esa vivencia placentera de la amistad y de la fraternidad que fue decisiva para los clásicos del humanismo.

La amistad, —conviene repetirlo— engendra una comunidad de bienes que circula en las dos direcciones. Los amigos del alma son iguales a la hora de tratarse. La amistad se ejerce *inter pares*. La amistad entre los hombres de muy diferente condición es sorpren-

dente y excepcional. Se explica porque alguien renuncia expresamente a una parte de sus esperanzas de perfeccionamiento en beneficio de otra parte de su ser de hombre. Fue el caso del Quijote y de Sancho Panza. El sacrificio se hace para estar juntos, antes que para hacer algo juntos. A la hora de la acción, —el asalto a los molinos de viento—, sólo D. Quijote toma las decisiones.

El compañero, —piénsese en los soldados de una Compañía de Infantería o de un Escuadrón de Caballería— está necesariamente inscrito en la esfera de la actividad profesional. Pesa más en él el concepto de unidad de combate que el de unidad de convivencia, también válido. Se es compañero, por definición, del compañero de trabajo. De aquí que, por elevación, ningún sentimiento sea más propicio a la predicación de una identidad de destino, —nunca de una identidad de origen—, que el del compañerismo. En la Legión, por ejemplo, la prioridad del quehacer, de la tarea, de la misión, etc... sobre el bienestar de los amigos o de los hermanos, tan apreciado en la literatura clásica, se expresa con esta fórmula: «Nada importa la vida anterior». Calderón de la Barca subrayaba lo mismo en un verso barroco inolvidable:

«Aquí la más principal hazaña es obedecer
y el modo como ha de ser
es ni pedir, ni rehusar...

...

Do, sin mirar como nace
se mira como procede...»

La procedencia calderoniana, —el modo de proceder—, ciertamente que no viene de la nada. Es el comportamiento marcado por una trayectoria vital que está trazada de antemano por nuestros mayores. Viene de atrás; Calderón lo presenta como un hecho nuevo, tan libre como responsable. El poeta sabía que hay en los ejércitos una pauta prescrita de conducta de la que «ha de enterársele al recluta, desde que sienta su plaza», como se dirá luego en el primero de los artículos de las Ordenanzas de Carlos III dedicados al soldado.

La camaradería se acerca, —con muchos y evidentes riesgos ideológicos— mucho más que el compañerismo al corazón del patriotismo al alejarle del culto específico a la profesionalidad. En la camaradería abunda un modo común de pensar y de sentir que escasea en las esferas profesionalizadas aunque ésta sea la de las armas. Los ideales del grupo marcan al camarada. Los deberes de la colectividad imprimen carácter al compañero. La solidaridad propia del compañero pone en el primer plano a la acción. La solidaridad del camarada destaca a los sentimientos del corazón. La sintética solidaridad del patriota genuino alterna preferencias por la escueta camaradería con preferencias netas por el sano compañerismo de acuerdo con la situación.

La solidaridad en la acción del compañero se satisface con determinadas virtudes cuyo aroma es indiscutiblemente militar o marcial. Para actuar con éxito, —hacia el triunfo, hacia la victoria, etc.— hay que tener previamente establecidas unas relaciones de mando y de obediencia. Max Weber les llamaba sistemas de dominación cuando en realidad eran hábitos de obediencia. Aunque en todas las formas ya citadas de solidaridad, —la fraternidad y la amistad, por ejemplo— hay relaciones de mando y de obediencia, —ocultas y latentes— es el compañerismo el lugar donde no nos queda más remedio que referirlas a las virtudes de la fidelidad, la lealtad, la subordinación y la disciplina.

La camaradería no es el fruto de la espontaneidad. Al contrario de lo que ocurre con la amistad y la fraternidad, el camarada ha de esforzarse para el logro de una relación fecunda con los otros. La «otredad» se da aquí por supuesta, pero se entiende que debe ser convertida en «mismidad». Hay intereses e ideales que conviene compartir frente a quienes, —los verdaderamente otros— se presentan ante nosotros sin exhibir nada que nos sea común y, finalmente, amenazan con arrebatárnoslo. En la esfera de la camaradería cabe la tolerancia con los demás, pero siempre está presente la posibilidad de tener que combatirlos. El camarada tiene que elegir entre un grado mínimo de enemistad, que es la tolerancia y un grado máximo de despego, que es la hostilidad.

Pues bien, es exactamente la sensibilidad patriótica lo que mejor media entre el ensimismamiento del compañero y la alteridad del camarada. La conciencia de identidad en el seno de una misma patria dicta lo que debería hacerse en cada coyuntura. El otro puede ser integrado en mi propio proyecto, o yo en el suyo, si ambos llegamos a descubrir afinidades que, en principio, no fueron captadas. El otro puede quedar definido como indiferente o extraño y me corresponde tolerar su existencia; en absoluto perturbarla con insidias. Pero, el otro puede serme revelado como un adversario activo y ofensor. Entonces, —sólo entonces— el compañerismo profesional y la camaradería ideológica funden dos solidaridades, —la solidaridad para la acción y la solidaridad de los sentimientos— y brota el apasionado patriotismo de las grandes crisis históricas.

El compañero aporta al patriota el competente ejercicio de una función peculiar y de un servicio concreto. El camarada subraya una ideología, una manera de sentir la realidad social envolvente, con la entusiasta proclamación de un proyecto. Compañerismo y camaradería, entonces, se bañan en el ejercicio de las virtudes de la valentía y de la abnegación y adquieren notas de identidad que, históricamente, parecían circunscritas al sentimiento del honor en términos estamentales.

Nada de esto ocurre en el ámbito de la filantropía. El filántropo toma inmensas distancias, no sólo respecto a la idea misma de compañero o camarada, sino también respecto a las esencias de la fraternidad o de la amistad. El filántropo elude la obligación de servir en razón de simpatía, —no selecciona los seres en quienes encontrar gratificación sentimental, complacencia y felicidad— y soslaya la noción misma de sacrificio a favor de la propia comunidad histórica, —no asume el deber prioritario hacia los más próximos ni la satisfacción de cumplirlo. El filántropo atiende la llamada del hombre esencial, nunca del hombre histórico. Asiste, abnegada y valientemente por cierto, al ser natural del hombre, no a los hombres agrupados a lo largo del tiempo por las circunstancias reales de la existencia en común. Pone compasión donde el amigo ofrece simpatía. En absoluto penetra en la fina distinción entre la solidaridad en la acción del compañero y la solidaridad de los sentimientos del camarada. La distancia de la filantropía moderna respecto a la amistad de los clásicos es grandiosa, pero su voluntad de distanciamiento respecto a la esfera de lo patriótico es abismal.

La filantropía y el sentimiento del honor

El patriota verdadero, no obstante, repudia la xenofobia y se acerca, paso a paso, al ideal de la filantropía y del humanitarismo en tanto éstos sean históricamente realizables. Pero mientras esto último no sea posible, tanto la filantropía como el humanitarismo, de hecho

apoyarán en la compasión una misma voluntad despersonalizadora de la vida social. Se acompañará en el sentimiento doloroso a quien quiera que sufra; pero no se compartirá con él un proyecto sugestivo de vida en común. La desnuda filantropía amará exclusivamente al hombre, porque es un ser humano, no porque sea, —y deba serlo con fruición— miembro de una comunidad en apuros.

El patriota auténtico entiende fácilmente a quienes viven los sentimientos que llamamos de amor, de piedad, de caridad o de beneficencia. Es más, está interesado porque estos sentimientos florezcan y se generalicen por encima de las fronteras políticas. Estimula y aplaude los amores humanos. Únicamente teme el crecimiento desmesurado de la distancia respecto a lo concreto. El patriota encuentra en la proximidad la razón de ser para los servicios más generosos y para los sacrificios más desinteresados. Antaño el patriotismo venía reaccionando contra la reclusión de los sentimientos en lo demasiado íntimo, en el parentesco como razón exclusiva para la entrega. Ahora tiene que reaccionar contra quienes quieren hacer de la piedad una virtud genérica en lugar de una virtud específica que dé respuestas concretas a problemas reales. La proximidad del patriota media entre la intimidad de los amigos clásicos y la lejanía de los filántropos modernos.

La solidaridad de los sentimientos, allí donde arraiga el genuino patriotismo, tiene mucho más que ver con las relaciones de amistad y de hostilidad que con las relaciones de mando y de obediencia. El sentimiento patriótico, necesariamente, se decanta en última instancia como amistoso o como hostil. La solidaridad en la acción del combatiente, de manera lineal, alternaba el ejercicio personalizado de las virtudes de la fidelidad o de la lealtad con la práctica anónima de las virtudes de la subordinación o de la disciplina. Las virtudes patrióticas se nos revelan al costado de la distinción dialéctica entre el amigo y el enemigo sobre la que tanto dejó escrito Carl Schmitt. El patriota, de entrada, trata como amigos no sólo a sus compatriotas sino a sus aliados fijos u ocasionales. Pero sabe que la posibilidad de la apertura de nuevas enemistades nunca está eliminada del todo. Las cuatro virtudes sobre las que se fundamenta la solidaridad patriótica en los trances donde vibra el peligro de perecer, —la valentía, la abnegación, la camaradería y la honorabilidad— tienen como horizonte la actividad bélica frente al adversario armado.

El patriota tiene que elegir para protegerse de él entre el heroísmo de la audacia valiente y el heroísmo de la perseverancia abnegada. Tiene que optar entre la extensión acelerada propia del cultivo de la camaradería y la restricción profunda propia del culto del honor. La solidaridad patriótica de los sentimientos habla por separado de los «nuestros» y de «ellos». Para el patriota hay un círculo propio, —a veces selecto— de compatriotas en conflicto con otro círculo enemigo. El patriotismo, entonces, no puede aproximarse a los otros en brazos de la filantropía por mucho que se pretenda mantener la lucha ya abierta en términos humanitarios.

Hay, —siempre ha habido en la memoria de todos los pueblos— el patriotismo de los valientes y el patriotismo de los abnegados. Cada comunidad soberana de hombres libres se demuestra como existente por la reiteración de actos de valentía, —las hazañas— y de sacrificios generales, —las ofrendas. Pero hay también, el patriotismo menos espectacular de los camaradas que se sitúa y acampa junto al patriotismo sacralizador de los hombres de honor. Cada patriota se siente acompañado por otros, entendido por los suyos y dispuesto a integrar su vida en la vida de otros y a participar de su honra.

Napoleón decía en Santa Elena que, a su juicio de desterrado, todos los españoles que habían alzado las armas contra sus designios en 1808 se habían comportado como un solo hombre de honor. El decoro de servir a la propia patria produce todos los rasgos relevantes de una personalidad que la comunidad entiende digna de honores y de reconocimientos. Por analogía, las leyes del servicio militar escalonan en profundidad las notas de una prestación, de un derecho y, finalmente, de un honor. Estas nociones en absoluto pertenecen a la esfera de la filantropía y del humanitarismo. Se comprenden como meritorias sólo desde la esfera de la honorabilidad.

No conviene soslayar el riesgo que supone la fusión del patriotismo con el sentimiento del honor. Lo primero que debemos señalar es que de ninguna manera la fusión alcanza al honor estamental, es decir, al honor de unos pocos que se edifica socialmente sobre el contraste entre dos grados de exigencia ética, el de los nobles y el de los plebeyos. No es el honor heredado el que se funde con la noción de patriotismo, sino el honor pretendido o reconocido merced a las buenas obras (hazañas u ofrendas) del soldado desconocido, el que se adjunta a lo patriótico.

El estímulo para obrar siempre bien, —según el peculiar modo de hablar de las Reales Ordenanzas de Carlos III se decía «propio honor y espíritu»— en la esfera de lo patriótico nada tiene que ver con los círculos cerrados de iniciados en una ética particular. Se trata de un bien que está al alcance de todos. Se posee honra, —la honra de ser español— en la medida en que uno se dispone libremente a continuar la historia de España sin desmerecer de ella. Hay, sin duda, una referencia discreta a la estirpe, al linaje, al tronco familiar, etc., pero no una referencia capaz de discriminar a un español de otro español. Lo genérico encubre a lo específico en el ámbito del patriotismo.

El primer nacionalismo

En cualquier época y en cualquier espacio podemos encontrar ejemplos de patriotismo. Sólo en los dos últimos siglos y bajo la influencia del pensamiento occidental, encontraremos nacionalismos. De aquí el interés que para los modernos tiene la distinción profunda entre lo genuinamente patriótico y lo nacionalista sin más, del primero de los nacionalismos.

En la antigüedad clásica el patriotismo aceptaba connotaciones tangentes con la admiración social al fenómeno culto de la amistad. Pero la amistad, —la *amicitia* de Cicerón, por ejemplo— no se confundía con el patriotismo ni lo suplantaba. La amistad era una virtud privada, es decir, privativa de unos hombres selectos. La plebe y el vulgo carecían de capacidad para paladear las delicias del trato amistoso. El patriotismo, sin embargo, aparecía en el horizonte de todos los ciudadanos de Roma como lo había hecho, según Tucídides y Jenofonte, en los de Atenas y Esparta. De aquí la dureza de las penas concebidas para los traidores y los desertores que no habían mostrado piedad para con sus respectivas patrias.

En los tiempos medievales la vivencia del patriotismo se fue aproximando al cuidado de la palabra dada, —a las recíprocas lealtades entre los señores. Servir significaba que el gran señor, al que cada vasallo servía, tenía la obligación de protegerles. El resultado de la *red*

mutua de promesas podía ser el bien común de toda la pirámide de poderes. Aquí, la traición se vincula con la mentira. El patriota medieval es aquel que reconoce que no debe mentir si quiere mantener su honor y también la honra de los suyos.

Dos épocas —la renacentista y la barroca— anunciaron la irrupción de la problemática política de las lenguas y de las nacionalidades. De entrada, la lengua sirvió para indicar la estrechez de las soberanías políticas heredadas del medievo. Un rey poderoso, —con mayor razón el emperador— gobernaba múltiples lenguas. La apelación a la superior entidad de alguna lengua se percibía en los concilios extraordinarios y en las universidades de la Iglesia porque la clasificación de los hombres por lenguas siempre era más simple que el mapa político de las soberanías periféricas de los grandes reinos.

Otras dos épocas, —la ilustrada y la romántica— perciben todavía la unidad lingüística como vía hacia estructuras de poder más amplias. La lengua no dispersa lo que ya está unido, sino que une lo que todavía está disperso. En el ocaso de la Ilustración, —la hora de la primera formulación agresiva del nacionalismo alemán— los *Discursos* de Fichte están nítidamente ordenados a unir, incluso políticamente, «a los que vivían en su sazón dispersos como germano-hablantes». Lo subraya Francisco Murillo Ferrol en el *Prólogo* a la obra ya clásica de Elie Kedourie, *Nacionalismo*, escrita para europeos hace cerca de 40 años, en 1966.

Al patriotismo de siempre, «un sentimiento primario en sus raíces, pero cultural en su aplicación y manifestaciones», le había salido en los días de la Revolución de 1789 un rival sutil cuya componente xenófoba, no siempre domeñada por aquél, tendería a crecer, se hiciera lo que se hiciera con el balance de la historia verdaderamente vivida por cada pueblo. El «ismo», obsesivamente colocado sobre el concepto de «nación» adquiere una significación activista, voluntarista, que nunca tuvo el patriotismo. El objetivo del primer nacionalismo centroeuropeo, —el franco-alemán— será doble para sus corifeos:

- a) Alcanzar algo que nunca se alcanzó en tiempo pasado.
- b) Romper algo que históricamente le había absorbido sin violencia.

Desde entonces, retóricamente hablando, todo nacionalismo se comportará como un nuevo patriotismo, —el patriotismo de los nuevos tiempos— que reclama una historia y un destino, una carne y una tierra originales. La tendencia, no obstante, hacia lo exacerbado y hacia la secesión de alguno de sus momentos fundacionales ha dado oportunamente entrada a la moderación de los nacionalistas actuales en extraña e inestable convivencia con los antaño exaltados nacionalistas.

La trayectoria se percibe, intelectualmente, comparando los argumentos de las *Cartas sobre el amor a la patria*, que publicó Federico el Grande en 1779, con las ideas de los jacobinos franceses previas al planteamiento de los discípulos de Fichte. En Prusia, la cohesión de un Estado, una Monarquía, exigía lealtad hacia el soberano por primera vez definido como su primer servidor. Sólo así tendrán los súbditos capacidad para asegurar su propio bienestar. En Francia, los republicanos enciclopedistas, tras Diderot, piensan en la «nación» como «una cantidad considerable de población que habita una extensión geográfica y obedece al mismo gobierno». Siéyes lo concretará aún más:

«La nación es un cuerpo de asociados que viven bajo una ley común y se encuentran representados por la misma Asamblea legislativa».

El patriotismo genuino, por ejemplo el de Herder, no gustaba de encerrarse en los límites de la esfera jurídico-política sino que gozaba de vivir en la atmósfera de la cultura. Para Heine el Occidente, —Europa en tanto herencia de la cristiandad— podía ser contemplado como un puñado de unas pocas culturas, en parte independientes del habla del soberano. El primer nacionalismo en cambio, disfrutaba cuando penetraba en la legalidad formal. Es la ley la que debe decirles a los hombres de un territorio con fronteras estables cual es su patria. Implícitamente, la misma ley debía clarificar quienes de los habitantes están de más en la nación nueva por causa de algunas diferencias ancestrales.

«Hay algo terrible, —lo declaraba el jacobino Saint Just, tomando clara conciencia de la envergadura del cambio— en el amor sagrado de la patria; es tan exclusivo como sacrificar todo al interés público, sin piedad, sin temor, sin respeto por la humanidad. Lo que produce el bien general es siempre terrible».

La idea de impregnar con un mismo patriotismo varias soberanías nacionales se presentó como inconveniente. La cita de las otras formas de solidaridad, que no sean la nacional, resultó condenable. Elie Kedourie interpretó el cambio como una vulgarización de la filosofía moral de Emmanuel Kant (1724-1804). Jean Guilton, desde Francia, reveló el íntimo parecido de la coyuntura con la experiencia cántara, es decir, con la eclosión del partido de los puros en una obra reciente *Lo impuro* (1993):

«El hombre es libre cuando obedece las leyes de moralidad que encuentra dentro de sí mismo y no en el mundo exterior».

Para el primer nacionalismo «la buena voluntad, que es la voluntad libre —lo explica así Kedourie— es también la voluntad autónoma». Como revolucionario, había dicho Heine, el autor del libro *La Cristiandad y Europa*, Kant deja en la sombra a Robespierre. «Kant convierte a la autonomía en el fin esencial de la política».

«El hombre autónomo, —la frase lapidaria es de Kedourie— es un activista duro, un alma perpetuamente atormentada».

Otros nacionalismos serán ya para siempre, en sí mismos y en buena parte, una doctrina de la autodeterminación. La autodeterminación aparece en el horizonte nacionalista como el bien moral y político más alto. Esta orientación final nada tiene que ver con el puro estatismo de Hegel cuyo pensamiento político concierne al Estado, nunca a la «nación». Muy poco se parece al pensamiento político de Kant, que sólo se refiere a las ventajas de una «sociedad civil» mediadora entre el Estado y el individuo.

Algo más le debe al pensamiento político de Fichte cuyo libro de 1800, *El Estado cerrado nacional todavía subrayaba el derecho absoluto del Estado en materia de educación*. Para el gran educador de la nacionalidad alemana, —jacobino místico en una pieza— el Estado debería ser el único creador de la libertad del hombre. Y es que Fichte, como los jacobinos posteriores a él, tenía hambre de Estado, aunque decía que se conformaba con el cuidado del estilo de una nacionalidad, en concreto, la germánica.

Este planteamiento lejos de desdeñar la lucha entre Estados pone en el primer plano de la atención de los hombres al fenómeno «guerra».

«En esta teoría, —otra vez citamos a Kedourie— la lucha asume tal importancia que el propio mundo existe sólo para hacerla posible... Se considera la guerra entre Estados como el mecanismo que introduce un principio de vida y progreso en la historia».

El abandono de las cautelas propias del genuino patriotismo alteró hacia 1848 de modo drástico la idea política de «nación». Cada nación se convierte en una división natural de la raza humana. «Cada nacionalidad, —había proclamado Schleiermacher— está llamada a representar una determinada cara de la imagen divina. Es Dios quien asigna directamente a cada nacionalidad su misión concreta en la tierra». Los compañeros nacionalistas de Fichte no tendrán reparo en decir, tomando literalmente nota de su opúsculo *El patriotismo y su contrario* (1808), que el idioma y las características naturales que unen a los alemanes les separan de los demás. Y lo dirán, década tras década, cuando todavía no había políticamente establecida ninguna nación alemana:

«Un todo tal como la nación, si desea absorber y mezclar consigo cualquier otro pueblo de diferente procedencia y lengua, no puede hacerlo sin resultar él mismo confundido».

La «nación» pasaba a ser una entidad primordial en todas las doctrinas nacionalistas de cuño fichteano. El idioma, la raza, la cultura y a veces incluso la religión pasaron a constituirse en aspectos diferentes de la misma entidad primordial, la «nación». Esto es lo que verdadera y únicamente divide a la humanidad en comunidades separadas y distintas. Ningún patriotismo histórico había practicado ideas semejantes. El patriotismo, el amor por la propia patria, la lealtad a sus instituciones tradicionales, el celo por su defensa, etc... estaba dominado por un sentimiento integrador que repudiaba definirse por la presencia del enemigo. Las puertas de cada «patria» estaban abiertas a los semejantes.

Fichte, coherente hasta el fin en su confianza en la política educativa del Estado, si ésta se hacía total, había dicho que podría prescindirse del ejército en todas las naciones porque «el Estado Nacional dispondría de una nación que levantar en armas a la que, sencillamente ningún poder mortal podría derrotarla». Un pensador conservador y británico, lord Acton, a mediados del XIX señaló al punto la esencial peligrosidad de esta utopía guerrera:

«La nacionalidad no persigue ni la libertad ni la prosperidad a las que se sacrifica a la necesidad imperiosa de convertir a la nación en el molde y medida del Estado».

Y es que los sucesores de Fichte habían dado ya el salto que nunca previó Kant:

«En manos de Fichte, la plena autodeterminación del individuo, llegó a requerir la autodeterminación nacional».

Y esta segunda autodeterminación, —la primera era prácticamente ética— encontró un ambiente favorable en el desmembramiento de las estructuras imperiales a partir de 1918. La expresión, hoy generalizada en el contorno de la Unión Soviética y de los países del Pacto de Varsovia, que califica de periféricos a los nuevos nacionalismos, quiere decir que si éstos fueron agresivos en el seno de aquellas estructuras imperiales derrotadas en la Gran Guerra (1914-1918) aún podrán serlo más cuando se les sumerja en estructuras nacionales que no sean las de su propia nacionalidad.

La renovación del genuino patriotismo

Desde entonces los hombres de la contemporaneidad tenemos al genuino patriotismo sometido a la crítica de dos adversarios muy diferentes, el internacionalista (que moviliza gentes en torno a la lucha de clases) y el intranacionalista (que hace lo propio en aras del

culto romántico a la autodeterminación). El genuino patriotismo ocupa, pues, una mala posición estratégica. Su crisis ha coexistido desde hace dos siglos con un relevo en los contenidos éticos de las relaciones personales. Pedro Laín Entralgo lo atribuye todo al fenómeno creciente de la secularización. «La camaradería ha relevado a la amistad en el aprecio de las gentes cultas...». Hasta la época de Kant, se respetaba la noción de persona como «algo rigurosamente individuante e intransferible, que de algún modo trasciende cualitativa y ontológicamente la naturaleza cósmica». Desde Hegel, la noción de persona se verá sustituida por la de espíritu y no por la de individuo. Pero ello no obsta para concluir que el amor personal deja de existir en el Estado.

«En el reino de la razón, el amor será una pasión inútil. La vinculación amorosa consistirá especialmente en llevar a término una empresa común. En suma, por obra de Hegel, la amistad tradicional comienza a ser concebida como escueta camaradería».

En los nuevos tiempos, en la atmósfera ganada por los nacionalismos o por el internacionalismo, la escueta camaradería, de hecho, no sólo desplaza a la íntima amistad. Quita de su lugar al franco compañerismo. El «otro» no es una persona sino un individuo que se sabe afectado por un todo social que se mueve a instancias de impulsos naturales. Nunca dice «madre patria». Sólo habla de la «madre naturaleza».

«La novedad de Hegel, —lo afirma Laín— consiste en conceptualizar formalmente la amistad como camaradería, como servicio común y solidario a la empresa de conseguir un bien objetivo y en el mejor de los casos universal».

El binomio compañerismo-patriotismo, debidamente renovado, no obstante, puede hacer que las aguas vuelvan a su cauce, si acierta a distinguir esferas para la solidaridad que en absoluto se excluyan. La renovación del genuino patriotismo pasa por la vivencia del verdadero amor entre los hombres tal como, de hecho, se ha podido hacer patente en la historia de los pueblos.

«Ese mirar juntos en la misma dirección —la cita pertenece a Alfonso López Quintás en *Sobre el amor humano*— sólo es posible cuando existe amor a la realidad, cuya verdad se busca y amor a los compañeros de esa búsqueda... La vida de amor ha de ser dialógica y relacional. El amor, el encuentro dialógico, debe ser la vida humana. El enquistamiento narcisista en los propios intereses impide al hombre abrirse a la llamada de las realidades valiosas que le rodean».